

aquel desinterés. Instintivamente, los dos hombres cambiaron un vigoroso apretón de manos.

Quando se quedó solo, Saccard se acercó al espejo y se arregló sus cabellos, donde todavía no aparecía ni una cana. Sin embargo, no había mentido, las mujeres le preocupaban apenas, desde que se había vuelto á entregar por completo á los negocios; y no cedía más que á la galantería involuntaria que hace que un hombre, en Francia, no pueda encontrarse solo con una mujer sin temer pasar por un tonto si no la conquista. Desde que hubo hecho entrar á la baronesa, se mostró lleno de solicitud.

—Señora, os ruego que me hagáis el favor de tomar asiento.....

Jamás la había visto tan seductora, con sus labios rojos, sus ojos ardientes, de párpados caídos, brillando bajo sus espesas cejas. ¿Qué podía querer? Quedó sorprendido, casi desencantado cuando ella le explicó el motivo de su visita.

—Os pido perdón, caballero, por molestaros, inútilmente para vos; pero entre gentes del mismo mundo, es preciso hacerse estos pequeños servicios..... Habéis tenido últimamente un jefe de cocina que mi marido está á punto de recibir, y vengo simplemente á tomar informes.

Saccard se dejó preguntar y respondió con la mayor finura, sin dejar de observarla; porque creía adivinar que aquello no era más que un pretexto. ¡Bastante le importaba á ella

el jefe de cocina! Iba á otra cosa evidentemente. Y en efecto, maniobró y acabó por nombrar á un amigo común, el marqués de Bohain, que le había hablado del Banco Universal. ¡Costaba tanto trabajo colocar su dinero, encontrar valores sólidos! En fin, él comprendió que ella tomaría de buena gana acciones, con la prima de diez por ciento abandonada á los sindicatarios; y comprendió mejor aún que, si le abría una cuenta, no pagaría.

—Yo manejo mi fortuna personal, y mi marido jamás se mezcla en ello. Esto me da mucho trabajo, y me divierte algo, lo confieso..... ¿Verdad que asombra ver á una mujer ocuparse de dinero, sobre todo á una mujer joven, y que se sienten ganas de vituperarla?.... Hay días en que me encuentro en un gran embarazo, no teniendo amigos que me hagan el favor de aconsejarme. La última quincena perdí una suma considerable, por falta de informes..... ¡Ah! ahora que vais á estar en tan buena posición para saber..... si fueseis tan amable, si quisierais.....

Tras la mujer de la alta sociedad, asomaba la jugadora áspera, rabiosa, aquella hija de los Ladicourt, uno de cuyos antecesores había tomado Antioquía, aquella mujer de un diplomático saludada con mucho respeto por la colonia extranjera de París, y que andaba como equivocada corredora por todos los despachos financieros. Sus labios brotaban sangre, sus ojos

chispeaban más, estallaba su ansia, mostrándola la mujer ardiente que parecía ser. Saccard tuvo la candidez de creer que había ido á ofrecerse, simplemente para entrar en su gran negocio y tener, cuando llegase el caso, útiles informes de Bolsa.

—¡Señora—exclamó—yo no pido otra cosa que poner á vuestros pies mi experiencia!

Había acercado su silla y le cogió la mano. La baronesa pareció volver en sí, de repente, de su embriaguez. ¡Ah! no, todavía no había llegado á aquel punto; siempre sería tiempo de pagar con una noche la comunicación de un despacho. Ya eran para ella una servidumbre abominable sus relaciones con el procurador general Delcambre, aquel hombre tan seco y tan amarillo, que la roñería de su marido le había obligado á acoger. Y su indiferencia sensual, el secreto desprecio que profesaba al hombre, acababa de mostrarse por una laxitud descolorida, en su rostro de falsa apasionada, á quien sólo inflamaba la esperanza en el juego. Levantóse, en todavía la hacían perder negocios.

—¿De modo, caballero, que decís que estabais contento de vuestro jefe de cocina?

Saccard, asombrado, se puso de pie á su vez. ¿Qué se había ella figurado? ¿Que él la inscribiría y la informaría por nada? Decididamente había que desconfiar de las mujeres, que llevan á sus tratos la más insigne mala fe. Y, aunque la

deseaba, no insistió más y se inclinó con una sonrisa que significaba: «Cuando os parezca bien, querida señora, cuando queráis,» mientras que en voz alta decía:

—Muy contento, os lo repito. Sólo me ha decidido á separarme de él una cuestión de reforma interior.

La baronesa Sandorff tuvo una vacilación de un segundo apenas, no porque se arrepintiese de su indignación, sino sin duda porque comprendía que era una candidez ir á casa de un Saccard, sin estar resignada de antemano á las consecuencias. Esto la irritaba contra ella misma, porque tenía la pretensión de ser una mujer seria. Acabó por contestar con una simple inclinación de cabeza al respetuoso saludo con que él la despedía; y llegaban ya á la puertecita, cuando ésta se abrió bruscamente, empujada por una mano familiar. Era Máximo que almorzaba aquella mañana en casa de su padre, y que llegaba, como íntimo, por el pasillo. Apartóse, y saludó igualmente, para dejar salir á la baronesa. Luego, cuando estuvieron solos, se echó á reír, diciendo á su padre:

—¿Comienza ya tu negocio? ¿Cobras las primas?

A pesar de ser todavía muy joven, tenía un aplomo de hombre de experiencia, incapaz de entregarse inútilmente á un placer aventurado. Su padre comprendió su actitud de superioridad irónica.

—No, ciertamente, no he cobrado nada, y no por prudencia, porque, pequeño mío, estoy tan orgulloso de tener siempre veinte años, como tú pareces estarlo de tener sesenta.

La risa de Máximo se acentuó, su antigua risa de mujerzuela, de la que había conservado el arrullo equívoco en la correcta actitud que se había hecho de soltero arreglado, deseoso de no estropear más su vida. Afectaba la mayor indulgencia, con tal que no lo molestasen.

—A fe mía, tienes mucha razón, y desde el momento en que eso no te fatiga... Yo, tú lo sabes, tengo ya mi reuma.

Y acomodándose en una butaca, y cogiendo un periódico, añadió:

—No te ocupes de mí, y acaba de recibir, si no te estorbo..... He venido demasiado temprano, porque tenía que pasar por casa de mi médico y no lo he encontrado.

En aquel momento entró el ayuda de cámara á decir que la condesa de Beauvilliers deseaba ser recibida. Saccard, un poco sorprendido, aunque ya hubiera encontrado en la Obra del Trabajo á su noble vecina, como él la llamaba, dió orden de introducirla inmediatamente; y volviendo á llamar al criado le dijo que despidiese á todo el mundo, pues estaba fatigado y tenía mucha hambre.

Cuando entró la condesa, ni siquiera vió á Máximo, oculto por el respaldo de la butaca. Y Saccard se asombró más al notar que había llevado

con ella á su hija Alicia. Esto daba más solemnidad á aquel paso: aquellas dos mujeres tan tristes y tan pálidas, la madre delgada, alta, con el pelo blanco y el aire anticuado, la hija envejecida ya, con el cuello muy largo hasta la desgracia. Adelantó dos sillas, con una cortesía agitada, para mostrar mejor su deferencia.

—Señora, me honráis en extremo.... Si yo tuviera la dicha de poder seros útil....

Con gran timidez, á pesar de su aspecto altanero, la condesa acabó por explicar el motivo de su visita.

—Caballero, la idea de presentarme en vuestra casa, se me ha ocurrido á consecuencia de una conversación con mi amiga la señora princesa de Orviedo.... Os confieso que he vacilado al pronto, porque á mi edad no se admiten fácilmente ideas nuevas, y yo siempre he tenido miedo á las cosas de ahora, que no comprendo... En fin, he hablado con mi hija, y creo que es de mi deber prescindir de mis escrúpulos, para intentar asegurar la dicha de los míos.

Y continuó diciendo cómo le había hablado la princesa del Banco Universal, ciertamente una casa de crédito como las demás, á los ojos de los profanos, pero que, á los ojos de los iniciados, iba á tener una excusa sin réplica, un fin de tal modo meritorio y alto, que debía imponer silencio á las conciencias más timoratas. No pronunció ni el nombre del Papa ni el de Jerusalem: aquello era lo que no se decía, lo que se

murmuraba apenas entre los fieles, el misterio que apasionaba; pero de cada una de sus palabras, de sus alusiones y de sus reticencias, desprendíanse una esperanza y una fe que prestaban una llama religiosa á su creencia en el éxito del nuevo Banco.

Saccard mismo asombróse de su emoción contenida, del temblor de su voz. El no había hablado todavía de Jerusalem más que en el exceso lírico de su fiebre, pues desconfiaba en el fondo de este loco proyecto, viendo en él algo de ridículo, y dispuesto á abandonarlo y á reír también de ello si era acogido con bromas. Y el paso conmovedor de aquella santa mujer que iba acompañada de su hija, la manera profunda cómo daba á entender que ella y todos los suyos, toda la nobleza francesa creería y se apasionaría, le impresionaba vivamente, daba cuerpo á un puro sueño, ensanchaba hasta lo infinito su campo de acción. ¡Sería verdad que había allí una palanca, cuyo empleo le permitiría conmover el mundo! Con su asimilación tan rápida, habló él también en términos misteriosos de aquel triunfo final que perseguía en silencio; y su palabra estaba llena de fervor, acababa realmente de ser tocado por la fe, por la fe en la excelencia del medio de acción que la crisis atravesada por el Pontificado le ponía entre las manos. Tenía la feliz facultad de creer, desde que así lo exigía el interés de sus planes.

—En fin, caballero—continuó la condesa—

estoy decidida á una cosa que me ha repugnado hasta ahora..... Si, la idea de hacer trabajar el dinero, de colocarlo á réditos, no me había entrado jamás en la cabeza: maneras antiguas de entender la vida, escrúpulos que llegan á ser algo tontos, lo sé; pero ¿qué queréis? no se va fácilmente contra las creencias que se han mamado con la leche, y yo me imaginaba que la tierra sola, la gran propiedad debía alimentar á gentes como nosotros..... Desgraciadamente, la gran propiedad.....

Ruborizóse ligeramente, porque llegaba á la confesión de aquella ruina que ocultaba con tanto cuidado.

—La gran propiedad apenas existe..... Nosotros hemos sido muy castigados..... No nos queda más que una granja.

Entonces Saccard, para evitarla todo embarazo, se inflamó de nuevo.

—Pero, señora, nadie vive ya de la tierra..... La antigua fortuna patrimonial es una forma caduca de la riqueza, que ha dejado de tener su razón de ser. Era el estancamiento del dinero, cuyo valor hemos decuplicado nosotros, lanzándolo á la circulación por el papel moneda, por los títulos de todas clases, comerciales y financieros. Así es como el mundo va á ser renovado, porque nada es posible sin el dinero, el dinero líquido que corre, que penetra por todas partes, ni las aplicaciones de la ciencia, ni la paz final, universal..... ¡Oh, la fortuna patrimonial ha ido

á reunirse con los pataches! Se muere con un millón en tierras, se vive con la cuarta parte de ese capital colocado en buenos negocios, al quince, al veinte y aun al treinta por ciento.

Dulcemente, con su tristeza altanera, la condesa movió la cabeza.

—Yo apenas os entiendo, y, os lo he dicho, sigo siendo de una época en que esas cosas asustaban como cosas malas y prohibidas.... Pero no soy sola, y debo sobre todo pensar en mi hija. Desde hace algunos años he conseguido ahorrar ¡oh! una pequeña suma....

Su rubor reapareció.

—Veinte mil francos que duermen en mi casa, en un cajón. Más adelante, acaso habría tenido remordimientos de haberlos dejado así improductivos; y puesto que vuestra empresa es buena, como me ha confiado mi amiga, puesto que vais á trabajar en lo que todos deseamos con nuestros votos más ardientes, me arriesgo... En fin, os quedaré reconocida, si podéis reservarme acciones de vuestro Banco por una suma de diez ó doce mil francos. He querido que mi hija me acompañase porque no os oculto que este dinero es suyo.

Hasta entonces, Alicia no había abierto la boca, como distraída, á pesar de su viva mirada de inteligencia. Hizo un gesto de tierno reproche:

—¡Oh, mío, mamá! ¿Tengo yo algo que no sea vuestro?

—¿Y tu matrimonio, hija mía?

—Ya sabéis que no quiero casarme.

Había dicho esto demasiado deprisa; la pena de su soledad clamaba en su voz aguda. Su madre la hizo callar con una mirada afligida; y ambas se miraron un momento, no pudiendo engañarse, en la diaria comunión de lo que tenían que sufrir y ocultar.

Saccard estaba muy conmovido.

—Señora, aun cuando no hubiera más acciones, yo las encontraría para vos. Sí, si es preciso, yo os cederé de las mías.... El paso que habéis dado me llega al alma, y me considero muy honrado con vuestra confianza....

En aquel momento creía realmente hacer la fortuna de aquellas desgraciadas, asociándolas, en una parte, á la lluvia de oro que iba á caer sobre él y alrededor suyo.

Las dos señoras se habían levantado y se retiraban. Sólo ya en la puerta, se permitió la condesa una alusión directa al gran asunto de que no se hablaba.

—He recibido de mi hijo Fernando, que está en Roma, una carta desconsoladora sobre la tristeza producida allí por el anuncio de la retirada de nuestras tropas.

—¡Paciencia!—exclamó Saccard con convicción.—Aquí estamos para salvarlo todo.

Hicieronse profundos saludos, y las acompañó hasta la escalera, pasando ahora por la antecámara que creía libre. Pero al volver vió senta-

do en una banqueta, á un hombre de unos cincuenta años, alto y seco, vestido como un obrero en domingo, que tenía á su lado á una linda joven de dieciocho años, delgada y pálida.

—¿Qué hay, qué queréis?

La joven se había levantado la primera, y el hombre, intimidado por aquella brusca acogida, balbuceó una explicación confusa.

—¡Había dado orden de despedir á todo el mundo! ¿Por qué estáis ahí?... Decid siquiera vuestro nombre.

—Dejoie, señor, y vengo con mi hija Natalia.

Y embrollóse de nuevo, hasta el punto de que Saccard, impaciente, iba á ponerlo á la puerta, cuando comprendió al fin que había sido Carolina, que lo conocía hacía tiempo, quien le había dicho que esperase.

—¡Ah, sois recomendado suyo! Pues debiestis decirlo en seguida.... Entrad y despachad, porque tengo mucha hambre.

En el despacho dejó á Dejoie y á Natalia en pie, y él tampoco se sentó, para despedirlos más pronto. Máximo, que á la salida de la condesa había dejado su butaca, no tuvo ahora la discreción de apartarse, mirando á los recién llegados con curiosidad. Y Dejoie comenzó á contar su asunto largamente.

—Mirad, señor.... Después de tomar mi licencia, entré de mozo de escritorio en casa del señor Durieu, el marido de la señora Carolina,

cuando vivía y era cervecero. Luego entré en casa del señor Lamberthier, el corredor del mercado. Luego entré en casa del señor Blaisot, un banquero que conocéis mucho: se saltó la tapa de los sesos hace dos meses, y me quedé sin colocación. Hay que deciros, ante todo, que me había casado. Sí, me había casado con mi mujer Josefina, cuando yo estaba precisamente en casa del señor Durieu, y ella estaba de cocinera en casa de la cuñada del señor, la señora Leveque, á quien la señora Carolina ha conocido mucho. Después, cuando yo fui á casa del señor Lamberthier, ella no pudo entrar allí, y se colocó en casa de un médico de Grenelle, el señor Renaudin. Después entró en el almacén de los Tres Hermanos, calle de Rambuteau, donde, por desgracia no hubo nunca plaza para mí.

—En una palabra—interrumpió Saccard—venís á pedirme un empleo, ¿no es esto?

Pero Dejoie se empeñaba en explicar la pena de su vida, la mala suerte que le había hecho casarse con una cocinera, sin que jamás hubiera logrado colocarse en las mismas casas que ella. Esto era casi como si no se hubiera casado, no teniendo nunca un mismo cuarto para los dos, viéndose en las tabernas, abrazándose detrás de las puertas de las cocinas. Y había nacido una hija, Natalia, que hubo que dejar con una nodriza hasta los ocho años, hasta el día en que el padre aburrido de estar solo, se la había llevado á su estrecho cuarto de soltero. Así había llega-

do á ser la verdadera madre de la pequeña, educándola, llevándola á la escuela, cuidándola con cuidados infinitos, lleno el corazón de una admiración creciente.

—¡Ah! bien puedo decir, señor, que ella me ha pagado mis desvelos. Es instruída, es honrada..... Y, ya la veis, no tiene igual en gentileza.

En efecto, Saccard encontraba encantadora aquella pálida flor del arroyo parisién, con su gracia enfermiza y sus grandes ojos bajo los rictos de sus rubios cabellos. Ella se dejaba adorar por su padre, buena aún, no habiendo tenido todavía ningún interés en no serlo, con un feroz y tranquilo egoísmo en aquella claridad tan límpida de sus ojos.

—Y vedla ya, señor, en edad de casarse, y precisamente se presenta un buen partido, el hijo del cartonero, nuestro vecino. Sólo que es un muchacho que quiere establecerse y pide seis mil francos. No es mucho, porque podría pretender á una joven que tuviera más..... Debo decir que perdí á mi mujer hace cuatro años, y que nos dejó economías, sus pequeños beneficios de cocinera..... Tengo cuatro mil francos; pero no seis mil, y el joven tiene prisa, y Natalia también.

La joven, que escuchaba sonriente, con su clara mirada tan fría y tan decidida, hizo una brusca afirmación con la barba.

—Claro que sí..... No me divierto, y quiero acabar de una manera ó de otra.

De nuevo los interrumpió Saccard. Había juzgado al hombre de pocos alcances, pero muy recto, muy bueno, hecho á la disciplina militar. Además, bastaba que se presentase en nombre de Carolina,

—Está bien, amigo..... Voy á fundar un periódico y ostomo como mozo de la redacción..... Dejarme vuestras señas y hasta la vista.

Sin embargo, Dejoie no se iba, y continuó con embarazo:

—El señor es muy bueno, y acepto la colocación con reconocimiento, porque será preciso que trabaje, cuando haya casado á Natalia..... Pero había venido á otra cosa. Sí, he sabido por la señora Carolina y también por otras personas, que el señor va á emprender grandes negocios y que podrá hacer ganar todo lo que se quiera á sus amigos y conocidos..... Así, si el señor quisiera interesarse por nosotros, si el señor consintiera en darnos de sus acciones.....

Saccard conmovióse por segunda vez, y más que la primera, cuando la condesa le había confiado también la dote de su hija. Aquel hombre sencillo, aquel ínfimo capitalista de economías arañadas sueldo á sueldo, ¿no representaba la multitud creyente, confiada, la gran multitud que hace las clientelas numerosas y sólidas, el ejército fanatizado que da á una casa de crédito una fuerza invencible? Si aquel buen hombre acudía así, antes de toda publicidad, ¿qué sería cuando se abriesen las oficinas? Su enterneci-

miento sonreía ante aquel primer accionista, viendo allí el presagio de un gran éxito.

—Convenido, amigo mío, tendréis acciones.

El rostro de Dejoie radió como al anuncio de una gracia inesperada.

—El señor es muy bueno. ¿Verdad que en seis meses puedo muy bien, con mis cuatro mil, ganar dos mil para completar la suma? Y puesto que el señor consiente, prefiero arreglar esto en seguida. He traído el dinero.

Buscó en sus bolsillos y sacó un sobre que alargó á Saccard, que estaba inmóvil, silencioso, presa de una admiración profunda ante aquel último rasgo. Y el terrible corsario que había ya espumado tantas fortunas, acabó por soltar la carcajada, resuelto honradamente á enriquecer también á aquel hombre de fe.

—Pero, amigo mío, eso no se hace así. Guardad vuestro dinero, yo os inscribiré y pagaréis en tiempo y lugar debidos.

Y entonces los despidió, no sin que Dejoie hubiera hecho que le diera las gracias Natalia, cuyos hermosos ojos duros y cándidos iluminaba una sonrisa de satisfacción.

Cuando Máximo se encontró al fin solo con su padre, le dijo con su aire de insolencia burlesca.

—Ahora te vas á dedicar á dotar muchachas. ¿Y por qué no?—respondió alegremente Saccard. ¿No es una buena colocación del dinero la dicha de los demás?

Arreglaba algunos papeles antes de salir de su despacho, y dijo de pronto:

—¿Y tú, no quieres acciones?

Máximo, que paseaba por la habitación, se volvió sobresaltado y se plantó ante su padre.

—¡Ah, no, muchas gracias! ¿Me tomas acaso por un imbécil?

Y Saccard hizo un gesto de cólera, encontrando la respuesta de una irrespetuosidad y de una gracia deplorables, pronto á gritarle que el negocio era realmente soberbio y que lo juzgaba verdaderamente muy tonto si lo creía un simple ladrón como los demás. Pero al mirarlo, se apiadó de su pobre hijo, agotado á los veinticinco años, ordenado, hasta avaro, tan envejecido por los vicios, tan inquieto por su salud, que no arriesgaba ni un gasto ni un goce sin haber reglamentado el beneficio. Y consolado y orgulloso por la apasionada imprudencia de sus cincuenta años, se echó á reír y le dió un golpecito en el hombro.

—Anda, vamos á almorzar, querido mío, y ten cuidado con tu reuma.

A los pocos días, el 5 de Octubre, Saccard, acompañado de Hamelin y de Daigremont estuvo en casa del notario Lelorrain, calle de Santa Ana; y quedó extendida el acta que constituía, bajo la denominación de Sociedad del Banco Universal, una sociedad anónima, con capital de veinticinco millones, dividido en cincuenta mil acciones de quinientos francos cada una, cuya



cuarta parte solamente era exigible. El domicilio de la Sociedad estaba establecido en la calle de San Lázaro, en el hotel de Orviedo. En el estudio del notario quedó depositado un ejemplar de los estatutos, redactados con arreglo al acta. Hacía aquel día un claro sol de otoño, y aquellos tres hombres, cuando salieron de la notaría, encendieron cigarrós y subieron tranquilamente por el boulevard y la calle de la Calzada de Antin, dichosos de vivir, bromeando como colegiales escapados.

La junta general de constitución no se verificó hasta la semana siguiente, en la calle Blanca, en la sala de un baile público que había quebrado, y donde un industrial trataba de organizar exposiciones de pintura. Los sindicatarios habían colocado ya las acciones suscriptas por ellos, que no conservaban; y acudieron ciento veintidós accionistas, representando cerca de cuarenta mil acciones, lo que habría debido dar un total de dos mil votos, siendo necesaria la cifra de veinte acciones para tener derecho á asistir y á votar. Sin embargo, como un accionista no podía emitir más de diez votos, cualquiera que fuera la cifra de sus títulos, el número exacto de los sufragios fué de mil seiscientos cuarenta y tres.

Saccard se empeñó absolutamente en que presidiera Hamelin. El fué á confundirse voluntariamente entre el tropel. Había inscrito al ingeniero y se había inscrito á sí mismo por qui-

nientas acciones cada uno, que debía pagar por una comedia de escritura. Allí estaban todos los sindicatarios: Daigremont, Huret, Sedille, Kolb, el marqués de Bohain, cada cual con el grupo de accionistas que marchaba á sus órdenes. Véase también á Sabatani, uno de los más fuertes suscriptores, así como á Jantrou, en medio de muchos de los altos empleados del Banco, en funciones desde la antevíspera. Y habían sido tan bien previstas y arregladas de antemano todas las decisiones que había que tomar, que jamás hubo junta de constitución más tranquila, más sencilla, y donde reinara mejor inteligencia. Por unanimidad de votos, se reconoció como sincera la declaración de la suscripción íntegra del capital, así como la de la entrega de los ciento veinticinco francos por acción. Y en seguida se declaró solemnemente constituida la sociedad; y se procedió á nombrar el Consejo de administración, compuesto de veinte miembros, que además de las dietas de asistencia, evaluadas en un total anual de cincuenta mil francos, cobrarían, con arreglo á un artículo de los estatutos, el diez por ciento de los beneficios. Como esto no era de despreciar, todos los sindicatarios habían exigido formar parte del Consejo; y Daigremont, Huret, Sedille, Kolb, el marqués de Bohain, lo mismo que Hamelin, á quien se quería hacer presidente, fueron puestos naturalmente á la cabeza de la candidatura, con otros catorce de menor importancia, escogidos entre los más obedientes

y los más decorativos de los accionistas. En fin, Saccard, que hasta entonces había estado en la sombra, apareció, cuando llegado el momento de elegir un director, lo propuso Hamelin. Un murmullo de simpatía acogió su nombre, y también tuvo unanimidad. Y ya no quedaba otra cosa que hacer que elegir los dos comisarios censores, encargados de presentar á la junta una Memoria sobre el balance é intervenir también las cuentas hechas por los administradores: función tan delicada como inútil, para la que Saccard había designado á un señor Rousseau y á un señor Lavigniere, el primero completamente sometido al segundo, y éste alto, rubio, muy cortés, aprobando siempre, devorado por el deseo de entrar más adelante en el Consejo, cuando estuvieran satisfechos de sus servicios. Nombres Rousseau y Lavigniere, iba á levantarse la sesión, cuando el presidente creyó deber hablar de la prima de diez por ciento acordada á los sindicatarios, en total cuatrocientos mil francos, que la junta, á propuesta suya, pasó á los gastos de primer establecimiento. Aquello era una pequeñez, era preciso sacrificar algo; y dejando á la multitud de los pequeños accionistas salir en tropel como un rebaño, los grandes accionistas se quedaron los últimos, y cambiaron todavía apretones de mano en la calle con aire satisfecho. Desde el día siguiente, reunióse el consejo en el hotel de Orviedo, en el antiguo salón de Saccard, transformado en salón de sesiones. Una

gran mesa, cubierta con un tapete de terciopelo verde, y rodeada de veinte sillones tapizados de la misma tela, ocupaba el centro; y no había allí otros muebles más que dos librerías, con cristales cubiertos por el interior con cortinillas de seda igualmente verde. Las colgaduras de un rojo obscuro daban un tono sombrío á la pieza, cuyas tres ventanas se abrían sobre el jardín del hotel Beauvilliers. No venía de allí más que una luz crepuscular, como una paz de viejo claustro, dormido bajo la verde sombra de sus árboles. A quello era soberbio y noble, entrábase en una honradez antigua. Reunióse el consejo para formar su mesa, y al dar las cuatro ya estaba completo. El marqués de Bohain, con su elevada estatura y su pequeña cabeza pálida y aristocrática, pertenecía verdaderamente á la vieja Francia; mientras que Daigremont, afable, representaba la alta fortuna imperial, en su fastuoso éxito. Sedille, menos atormentado que de costumbre, hablaba con Kolb de un movimiento imprevisto que acababa de producirse en el mercado de Viena; y, alrededor de ellos, los demás administradores, la pandilla, escuchaban, trataban de coger una noticia, ó bien hablaban de sus ocupaciones personales, no estando allí más que para hacer número y para recoger su parte, los días de botín. Como siempre, Huret fué quien llegó con retraso, sofocado, escapado á última hora de una comisión de la Cámara. Excusóse, y se